

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 1.º
GIJÓN

NO HURTARÁS

Ello ocurrió en Efraín, ciudad de Galilea. Jesús descansaba al borde de un camino, cuando le abordó el pastor Simeón; un anciano seco, encorvado por el tiempo y los trabajos, a quien la palabra maravillosa del Maestro había conquistado.

—Señor—dijo el pastor—yo quiero abrazar tu fe y merecer de tu bondad el permiso de acompañarte a todas partes.

A lo que Jesús replicó:

—Mis brazos, Simeón, siempre estuvieron abiertos para cuantos infelices, necesitados de esperanza, llegaron a mí. Mas advierte que muy pocos de los que me acompañan y codean, están conmigo en espíritu. El camino de la virtud es ingrato, empinado, estrecho, inaccesible para cuantos no desdeñaron sus pasiones, y serpean por entre precipicios negros, simas de perdición en cuyo fondo ruge el avendavalado clamoreo de los malos instintos. Para seguirme, Simeón, de modo que tu resolución aproveche a tu alma, necesario será que deseches esas ruines ambiciones que solo producen derramamientos inútiles de corazón; que no seas orgulloso, ni menos soberbio, pues estos sentimientos, ofreciéndote a los ojos de tu propia conciencia como superior a tus semejantes, te impondrán esfuerzos y sacrificios que acribillarán de dolores tu espíritu; que sepas poner sobre todas tus aficiones la afición a Dios, y que los torcidos consejos de la ira, de la envidia y del rencor, no basten a inmutar la magnánima paz de tu indulgencia. «No desear» es la mitad de la humana perfección. Así pues, no matarás; no levantarás a nadie falso testimonio; la mujer de tu prójimo será sagrada para tí; no codiciarás los bienes ajenos; no hurtarás...

—A todo sacrificio estoy apercibido, Señor—interrumpió el viejo—y de tales virtudes y aún de otras mayores me imagino capaz.

—En tal caso—repuso Jesús levantándose—el sufrimiento desde hoy será hermano tuyo. Toma tu cruz y sígueme.

—¿A dónde vamos, Maestro?

—A casa de un leproso que espera de mí su curación.

Anduvieron largo rato a través del ambiente emperezador, cálido y aromoso de la tarde; la noche se acercaba a toda prisa; el claro cielo de Galilea iba acribillándose de estrellas.

Tras media hora de camino, Simeón comenzó a sentirse fatigado y hambriento; dolíanle las rodillas y el estómago y la debilidad del no comer y el ajeteo del mucho andar fueron mareándole hasta sufrir amagos de desvanecimiento.

—Maestro—dijo el pastor—estoy ya tan rendido que apenas puedo mantenerme de pie: ¿quieres que descansemos?

Jesús contestó:

—Yo no descanso, Simeón, porque ese bienestar mio redundaría en perjuicio de los que me aguardan para curar y reír. Mi misión, luchar hasta conseguir que nadie llore, que nadie sufra...

Continuó andando; Simeónle siguió encorvado por los calambres. Jesús avanzaba tranquilo, majestuosamente, sin vacilaciones en el pisar; su túnica blanca formaba a lo largo de su gallardo cuerpo pliegues esculturales; sobre el fondo turquí del espacio, el nimbo que ornaba su divina cabeza, resplandecía como un lívido claror astral.

Caminaron, caminaron.

Muy pronto la tortura del hambre se sobrepuso en Simeón a la de la fatiga, y creció tanto que llegó a serle intolerable. Y entonces, Simeón, que jamás se había visto en trance semejante, creyó comprender por qué algunos hombres, furiosos de hallarse en la miseria, roban y matan. Guardose, no obstante, de hablar, satisfecho de fingir a los ojos de Jesús una resistencia que no tenía, y sin saber que en aquellos momentos el soberano entendimiento del Redentor acababa de registrarle el espíritu. En esto llegaron a cierto mesón o venta que en el cruce de los caminos se aparecía, y ante el cual varios mercaderes trajinaban descargando los sacos de frutas. Y como

Jesús prosiguiera sin detenerse, Simeón, cuyo apetito se había exaltado a la vista de tantas frutas jugosas y adorantes, aproximose a un serón colmado de dátiles, y, sin que nadie lo advirtiese, tomó nueve o diez que, por ser muy grandes, no le cupieron mas en las manos. Hecho lo cual, reanudó su marcha muy ufano. Luego, andando que hubo cuarenta pasos; llevóse un dátil a la boca. Jesús, que caminaba delante de él, preguntó:

—¿En qué piensas, Simeón, que tan callado vas?

No queriendo responder con la boca llena, temeroso de que el Maestro descubriese su delito, el pastor arrojó el dátil al suelo y contestó hipócritamente:

—Pienso, Señor, que los libertinos y los tiranos son muy desgraciados, pues no hay placer comparable al que el ejercicio de la virtud y de la caridad proporcionan.

—Así es—replicó Jesús.

Un momento después, Simeón, que rabiaba de hambre, echose otro dátil a la boca; mas tuvo que escupirlo en el acto, porque Jesús volvió a preguntar:

—¿Ves aquella luz?

—Sí, Maestro.

—Allí vive el hermano leproso que hemos de curar.

Calló, y sobre el camino que grisaba bajo la lechosa luz de las estrellas, sus pies, blancos como azucenas, se deslizaron sin ruido y sin esfuerzo. Simeón, aunque jadeante, le seguía y a intervalos miraba a Jesús, extrañándole la inoportunidad con que, por dos veces, el Nazareno le había interrogado. Al fin hubo de tranquilizarse, pareciéndole que todo ello fué casual; mas apenas se introdujo en la boca, otro dátil, cuando hubo de tirarlo para responder a Jesús.

—¿Dí, Simeón, tú estás seguro de no haber pecado desde que andamos juntos?

—Segurísimo, Señor.

Transcurrió un breve silencio; el anciano pastor intentó comerse otro dátil; el Maestro tornó a decir:

—Presumo que te equivocas. Por eso te invito a examinar de nuevo tu conciencia; la virtud, Simeón, es tanto más pura, cuanto más severo el criterio con que examinamos nuestros actos.

Así prosiguieron, tratando de comer

el uno y preguntando el Otro, de tal modo que Simeón no pudo llegar a tragarse ninguno de los dátiles hurtados. Entonces, Jesús se volvió hacia él, y mirándole con aquellos ojos donde ni la cólera, ni el odio habían de pintarse jamás, exclamó:

—¿Te convences ahora, Simeón, de que me mentías y de que lo robado no aprovecha?

E. Z.

EL OTRO

—Venga usted a ver ese caso, que es excepcional; digno de estudio.

—¿Que tiempo hace que está aquí?

—Va para cuatro años; y, cosa inusitada, por lo menos para mí; ni un momento siquiera de exaltación; sino tranquilo, sonriente, pensador... al parecer; y tan sumiso y resignado—no es resignado la palabra—tan contento en su encierro, que yo tengo para mí que ese hombre no está loco, a la manera de los demás.

—Bien ha sabido usted despertar mi curiosidad. Vamos a ver ese caso.

El subjefe del manicomio, en ausencia del director, echó a andar por delante y se dirigió a la huerta. El alienado aquel andaba suelto y solo, y sus sitios predilectos eran los más poblados de árboles de hojas perennes, naranjos y limoneros, y pinos y laureles.

Se paseaba lentamente cuando nos aproximamos, y al vernos se adelantó, se dirigió hacia mí con exquisita finura y me ofreció un asiento en amplio banco rústico a la sombra del pinar.

—Usted viene agujoneado—me dijo sonriente—por la curiosidad. Las descripciones del señor—y señalada al subjefe, son elocuentes y sugestivas. Pues bien: voy a complacerle.

Y se sentó a mi lado.

Confieso que sentí un poco de temor e instintivamente me separé de aquel hombre. El comprendió mis escrúpulos y con afable sonrisa, sin darse por advertido separóse también, y torciéndose un poco, quedó frente a mí.

Representaba cuarenta años; y ciertamente no tenía más, a pesar de que su cabello sedoso y abundante y peinado hacia atrás era blanco y brillante como un vellón inmaculado.

La tez pálida, sin arrugas; la nariz distinguida, levemente acaballada; y los ojos ¡oh los ojos! azules, de un azul ¿cómo diré? descolorido... Sí; porque aquellos ojos habían sido muy azules y ahora *estaban* más claros. Unos ojos, en suma, que habían perdido el azul quedando casi diáfanos para enseñar lo infinito allá en el fondo triste, lejano y misterioso.

—Seré breve, caballeros. ¡Qué desdicha la mía! ¡Dios le libre a usted siempre de un mal amigo íntimo...!

Desde niños nos conocimos. Yo no me acuerdo de ningún tiempo en que no estuviéramos juntos; de día, de noche, a todas horas. Era nuestra amistad constante sin una tregua.

Al principio, allá en los días de la inocencia, de la niñez, y hasta de la primera infancia, nos llevábamos bien. Pero después se fué abriendo un abismo entre los dos. Primero hoyo de juguete; después zanja, que aún saltábamos; más tarde, foso profundo, imposible de salvar.

¡Qué vida, caballero! ¡Qué noches de oscuro infierno! ¡Qué altercado constante en el silencio y la intimidad para que no trascendiese...!

¡Voy a levantarme; decía yo.—«No quédate aquí, en la cama en la holganza, en la pereza».—Es preciso trabajar, ganar el pan, ser honrado.—«No; disipa, trasnocha, ve matando a disgustos a tu achacoso padre, y más pronto lo heredas y eres libre y soberano».—Quiero ir a misa.—«No».—Quiero confesar.—«¡No, no, no...!—Toma dinero a préstamo... Busca una llave falsa y róble a tu padre, oro, alhajas y papeles.. Engaña a aquella mujer que te ama y confía en tí... ¡Anda, anda, anda...!»—Y me empujaba, me arrastraba; y como él era más fuerte, yo, a sucumbir, a caer, y a sollozar y a arder de interno remordimiento; y él a burlarse de mí y a reírse de sus triunfos... Y así viví, caballero, hasta la noche del crimen...

El subjefe me miró como diciéndome: atienda usted.

Aquella noche—Siguió el loco—mi padre me había llamado.

Al ver su caja rota y reconocer al ladrón... ¡Padre, padre! ¡Qué error el tuyo! Y me increpó: «mal hijo, miserable, cruel, ingrato», y yo no sé, si entre sus amenazas sonoras y las palabras «¡maldito!, ¡desheredado...!» No sé; porque aturdido corrí a mi lecho y caí como muerto, como loco... Y entonces él, *mi amigo*, me dice:—«¡Mata a tu padre!» «¡Anda!»—Y sacó un puñal y lo puso entre mis manos... ¿A mi padre? ¿Qué lo mate? ¡A tí sí, mal compañero, infame, atormentador; demonio de mi existencia! ¡A tí sí, y ahora mismo! ¡Y le clavé el puñal en mitad del corazón...!

Es claro. ¿Quién sabía aquella historia tan íntima? ¿Cómo probaba yo que obré en defensa propia contra el injusto agresor miserable e insaciable...? Llevo ya cuatro años, todavía me faltan diez, pero aunque fuera esta condena por todo el resto de mi vida, yo viviría contento, libre de aquel demonio.

—¿Ha visto usted qué caso? El cree que esto es un presidio donde extingue su condena.

—¿Pero, mató a alguien? ¿Lo intentó?

—Nada. Es verdad que esa noche a que el pobre se refiere le amonestó su padre por su conducta desordenada; pero no fué más que eso. Y él se encerró en su cuarto y hubo que romper la puerta para entrar a recogerlo, ya loco como está ahora.

—¿De modo que ese amigo?

—¡Un ser imaginario, engendrado esa noche en que perdió la razón!

JOSÉ MARÍA MACÍAS

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

.... Y sin embargo los ojos del ciego de Jerusalén veían la luz del sol y contemplaban extasiados el mundo que no habían podido ver en sus bastantes años de vida.

La ciudad comentaba con apasionamiento el extraordinario milagro del Nazareno; el ciego que mendigaba desde hacía muchos años por las calles de Jerusalén recorría ahora la ciudad, anunciando a todos que sus ojos veían lo que nunca habían podido contemplar.

Los sacerdotes del Templo procuraban a fuerza de interrogatorios encontrar alguna explicación que les aclarase el portento; pero el ciego, gritando en todas partes alborozado por ver la luz del sol, hubo de ser arrojado de la sinagoga, desesperando a escribas y fariseos, a los que devoraba la rabia y desesperación, porque nada podían alegar ante el hecho indiscutible del milagro de Jesús de Nazaret.

El Maestro sintió entristecerse su corazón al ver arrojado al ciego de la sinagoga por haberle devuelto la vista. Y deseoso de animarle y consolarle procuró encontrarle y le dijo:

—¿Crees tú en el Hijo de Dios?

El mendigo debió de sospechar quien era el que le hablaba y contestó:

—Señor ¿y quien es ese? para que crea en él.

—Le has visto. El que está hablando contigo ese es.

.....
¡Ay del ciego que no puede ver la luz del sol!; pero más dolor ha de sentir, quien no quiere contemplar la luz que Dios envía a los hombres a través de la fe. El que no cree en El, no puede ser feliz. Su vida es un fatal correr de los años, sin principio espiritual, que parte tan sólo de un conjunto de materia y de hechos inexplicables para él, y su fin... nada.

Si la fortuna le ha alagado, disfrutará de ella sin encontrar placer. Todo lo que pueda conseguir con sus abundantes bienes no podrá satisfacer sus ansias espirituales, ni sus deseos. Podrán hacerle ver el placer muy cerca de sus manos y correrá a su alcance dejando a su paso el oro que cuesta su capricho. Llegará hasta él y el hastío y la infelicidad pondrán un amargo remate a su engañoso placer y una insatisfacción en su conciencia que le recrimina continuamente.

Con su dinero logrará comprar la honra de los demás, para proporcionarse unas migajas de placer mundano y la conciencia volverá a reprocharle y el hastío volverá a invadir su corazón.

Su vida será un continuo correr tras de la quimera en la que espera encontrar satisfacción a sus amplios deseos de felicidad y siempre el mismo resultado. Los años pasarán y la idea del fin empezará a revolotear en su cerebro para torturarlo en el resto de sus días. Trágico fin de una vida que se agota teniendo que dejar aquí para siempre todas sus riquezas y comodidades para convertirse él en alimento de gu-

sanos. Y después... la conciencia le recrimina y le echa en cara su vida negativa; sin una obra buena, sin una caridad misericordiosa, sin una mirada al cielo y con un frío mortal que atormenta las almas que no creen.

Si es pobre... su vida será bien triste. Trabajando siempre, para sostener su familia, sus hijos. Amargado por las preocupaciones económicas, desesperado por faltarle unos medios de fortuna que la injusticia social le negó. Vivirá sin un consuelo, sin nada que le mitigue en sus desesperanzas, sin amor en los suyos y rodeado de odio a todo. La luz de la fe no le ayudará a vivir con la resignación de los hombres justos que confían en la justicia de Dios, mucho más justa que la justicia de los hombres. Nada habrá de esperar ni de los hombres, ni de la misericordia de quien ha escuchado a diario la blasfemia bárbara y satánica, ni le oyó siquiera en la intimidad de su conciencia una súplica de fe y de misericordia.

Nada ha de esperar del mundo y nada ha de esperar tampoco de quien no podrá reconocerle en el día de rendir sus cuentas.

La fe llevaría a su corazón el amor y el alivio a sus penas, que en éste mundo solamente la resignación puede mitigar el dolor de nuestras tristezas; pero la fe no podrá venir a quien no la pide y que por el contrario sólo mira al cielo para maldecir y blasfemar el santo nombre de Dios.

¡Ay del ciego que ha cerrado sus ojos a la luz!

El ciego de Jerusalén, que había conocido en la voz del Maestro a quien le había devuelto la vista cayó de rodillas adorándole y diciendo:

—Creo, Señor.

R.

En el noveno Aniversario del martirio de mi hermano Adolfo

No te ví y aún te veo atormentado; no presencié tu muerte, pero sé que solamente pudo haber pasado de una manera y de esa forma fué.

Sé cual murieron todos los que fueron mártires de la fe como tú fuiste. Sé que ellos el camino te dijeron y sé que ese camino tú anduviste.

Sé que al odio mortal de los sicarios respondió tu clemencia con perdones y que por perdonar a tus contrarios deseabas tener cien corazones.

Sé que mirando al Cielo bendecías, la voluntad de Dios y la acatabas, y en los brazos de Cristo te ponías y con Él a la Gloria te marchabas.

También sé que hoy, gozando con anhelo, la presencia Divina te conforta, y esperas por nosotros en el Cielo... ¡Muy pronto iremos ya; la vida es corta!...

Hermenegildo RODRIGUEZ

Gijón, septiembre de 1945

CRISIS DE SENTIDO COMÚN

Leyendo la Historia, he podido advertir que el fenómeno se repite invariablemente, como si fuera una ley de la Naturaleza. En la literatura, en el arte, en la ciencia y hasta en la vida corriente hay épocas en que los hombres parecen conservar un cierto equilibrio mental que nosotros llamamos sentido común. Los sabios discuten doctrinas más o menos ingeniosas, pero siempre inteligibles; los artistas emplean procedimientos conocidos; los poetas, metáforas de uso corriente; en fin, los hombres comen, beben, se divierten y viven siguiendo las normas habituales de la humanidad.

Pero llega un momento en que la humanidad parece cansarse de estar siempre diciendo, oyendo y haciendo las mismas cosas, y sabios, escritores y artistas empiezan a sentir una comezón irrefrenable de decir y hacer cosas raras y nunca vistas ni oídas; y como es muy difícil que, después de tantos siglos como ha vivido el mundo, pueda nadie decir ni hacer ninguna cosa que no haya sido dicha o hecha en los siglos anteriores, suelen caer en la extravagancia y ridiculez más lamentables.

En la época actual estamos atravesando, creo yo, una de esas épocas de crisis de sentido común. Lo digo porque en todas las esferas sociales se nota un ansia de originalidad y de novedad, que si no fuera tan desorbitada, sería una cosa laudable, pero que va degenerando en extravagancia patológica.

Y lo peor de la época actual es que esa extravagancia se va haciendo universal. Antes, el afán desmesurado de originalidad se concretaba a un grupo, a un sector de la sociedad; recuérdese el gongorismo en poesía y el barroco en arquitectura; pero hoy la crisis de sentido común parece que afecta a la sociedad entera, y no de un país determinado, sino de todo el mundo civilizado.

Y como esa extravagancia se ha hecho tan general, resulta que los que todavía conservamos, gracias a Dios, un poco de sentido común, parecemos extravagantes al lado de los demás. Una vez iba yo hablando de poesía con unos mozalbetes en el tren y se me rieron a mis barbas porque dije que me gustaba la poesía de Homero, del Dante y de Lope de Vega, y tuve que escuchar, con paciencia, que me recitaran estos versos que a ellos les parecían maravillosos:

*El tiempo sabe a cloroformo;
a la luz de mis dedos,
que arden como cirios,
los veo;
todos los paraguas
acuden a mi entierro.*

Otra vez tuve la curiosidad de visitar una exposición de pintura cubista, y no acababa de salir de mi asombro viendo cómo personas que parecían inteligentes se extasiaban mirando aquella serie de triángulos, esferas, rombos y trapecios de colores chillones, que querían significar

paisajes y figuras humanas. Llegué a creer que se trataba de un caso patológico de imbecilidad colectiva.

Cuando en el teatro o en el cine se representa alguna cosa con sentido común, el público sale decepcionado, diciendo que aquello ha sido un tostón, y en cambio, aplauden, hasta echar lumbre por las manos, las más absurdas astracanadas y los esperpentos más horribles. En música, igual. Hay poquísimos que resistan un vals de Mozart, una sonata de Beethoven, una fuga de Bach, una ópera de Wágner, y en cambio, saltan de alegría oyendo la musiquilla de un fox o las estridencias negroides de un orquesta de jazz.

Y lo que no había ocurrido nunca, o casi nunca, el afán de novedad y de cosas raras ha llegado hasta la cocina y el mostrador. Estamos ya cansados de tortilla, de chuletas y de patatas fritas, y preferimos las setas y el caviar. El jerez, el oporto, la manzanilla, el rioja nos parecen sabores vulgares y buscamos las combinaciones extrañas del cótel.

Cualquier día nos cansamos también de llevar la cabeza sobre los hombros y la ponemos debajo de los pies.

FR. GUMERSINDO DE ESCALANTE,
O. F. M., Cap.

LA MUJER

Las mujeres, dijo el Conde Maistre, no han producido ninguna obra maestra en ningún género. No han escrito la *Iliada*, ni la *Eneida*, ni la *Jerusalén libertada*, ni *Atalia*, ni *Hamlet*, ni el *Paraiso Perdido*. No han edificado ninguna basílica como San Pedro. No han esculpido el *Apolo de Valvedere*, ni pintado el *Jucio Final*. No inventaron el álgebra, ni el telescopio, ni la máquina de vapor... pero hicieron algo mucho más grande que todo eso, porque en su regazo se forma lo mejor del mundo: los grandes hombres que produjeron esas obras y las mujeres virtuosas que han honrado a la humanidad.

Srta. ELENA DIAZ DE JOVE

El día 11 del pasado agosto falleció en el Sanatorio de Fuenfría (Cercedilla) con la resignación de las almas santas y con el valor y entereza que Dios concede a quienes han vivido siempre cerca de su Corazón

La juventud y todos los cuidados de sus padres no han podido evitar humanamente el triste fin de una larga enfermedad.

Dios la ha querido para sí, a fin de probar, una vez más la fé cristiana de sus padres y hermanos que han pasado nuevamente por el amargo dolor de verse privados de uno de sus queridos familiares.

Dios la conceda el eterno descanso y a sus familiares la más santa resignación para poder sobrellevar la nueva pena que les aflige.

D. E. P.

Comentando

Lección sobre la etiqueta

Entre los hombres de gran mundo y las mujeres bien, siempre resulta agradable el tema de la etiqueta. Las gentes de suprema educación y de corrección intachable, debido al ambiente de sibaritismo en que se mueven, son maestras en el difícil arte de las etiquetas; y los mismos que sin vivir en ámbitos sibaritas se ven precisados a alternar en sociedad, también tienen sus conocimientos sobre el asunto.

Hoy voy a ser yo el que hable de tema tan apasionante. Me parece más correcto analizar la mesa de un restaurante de lujo que meterme de rondón en un comedor familiar. De todos modos, en la mesa es donde más se exige la etiqueta, y tan mesa es una como otra.

Vemos la mesa puesta con unos cuantos platos, unos cubiertos raros y varias copas para cada comensal. Y en el centro, las botellas de vino que acreditan la pureza de su procedencia en unos papeles pegados al lomo. Estos papeles son las etiquetas y no otra cosa. Allí, se ven etiquetas doradas, maravillosamente litografiadas, que nos hablan de vinos capaces de hacer perder el sentido... al bolsillo más repleto. Estos vinos alternan con otros de etiqueta blanca, como de primera comunión, y con otros de etiqueta negra, como de luto riguroso.

La suprema educación pone en los labios entendidos piropos de distinto calibre, en consonancia con estas etiquetas. Una vez yo probé de todas las botellas, y todos sus contenidos me sabían a vino. Y me levantaron dolor de cabeza. Y la habitación daba vueltas. Y la lengua no pronunciaba. Y me dieron a oler amoníaco. Y sin saber

como, al día siguiente desperté en la cama. Pero sigamos.

Leyendo una de estas etiquetas, negra o blanca, nos encontramos con la suerte de haber escogido el vino de más puro linaje y sabroso paladar. Después cogemos otra, y resulta que, como la anterior, es la mejor de todas. ¡Caramba! decimos: A ver si aquella etiqueta dorada dice algo nuevo. ¡Horror! Resulta que esa botella vestida de frac de oro, también contiene el mejor vino del mundo. Como la botella blanca y como la botella negra. La etiqueta me huele a farsa.

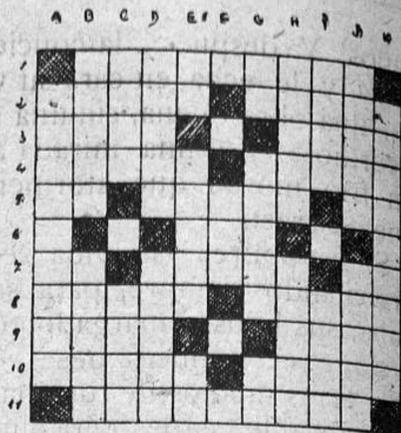
Pero allí veo una etiqueta particular. No me atrevo a adelantar mi mano por si me muerde la botella. Tiene el bozal de alambre puesto y no sé si está rabiosa. Al fin, me decido: me santiguo y la cojo. ¡También acredita contener el mejor vino del mundo!...

Asqueado, me salgo del lujoso comedor y me voy a una taberna. Pido la botella más barata, de 1,25, y su etiqueta me garantiza la suprema calidad de su vino. ¿Para qué sirven las etiquetas? Sin probarlo, llegué a casa borracho. Los hombres y las mujeres que crucé en mi camino, me parecían botellas en cuyas etiquetas garantizaban ser de la más exquisita fabricación. ¡Quién sabe!

HERO

Solución al Jeroglífico núm. 20, por Morán
Sí, existe desacuerdo

Crucigrama
núm. 16
por Morán



HORIZONTALES.—1. Arriesgado, imprudente.—2. Muebles destinados a guardar tesoros - Felino carnívoro.—3. Nombre de trece papas. Al revés, en los panales.—4. Angustia - Al revés, pedazo de una cosa.—5. Negación - Aprieto, aflicción - Con "A" provincia de la India.—6. Consonante - Población de Africa occidental (Nigeria) - Consonante.—7. Prefijo negativo - Rey de los hunos - Nota.—8. Pueblo de Valencia - Al revés, persona voraz.—9. Mancha con grasa - Aspero, insensible.—10. Con "Refinal" y al revés, insigne - Plural, valle del Pirineo.—11. Irregularidades.

VERTICALES.—A. Aparato usado para destilar.—B. Canto fúnebre - Adverbio de tiempo.—C. Resonancias - Ciudad del Condado de Buckingham, famosa por su Colegio.—D. Extravagancia - Planta medicinal.—E. Vocal, plural Cansada, fastidiada - Abrev. de Comandancia Militar.—F. Consonante - Aspiré - Vocal.—G. Al revés, nota - Amaina velas - Contracción.—H. Forma aumentativa de río - Al revés, Región meridional de Asia.—I. Estigma - En sentido figurado, poesía.—J. Al revés, pintor español, discípulo de Tiziano - Cánones.—K. Monstruo formado por dos individuos unidos, plural.

NOTA.—En las cuatro casillas independientes las cuatro primeras vocales en un orden convencional.

CESAR A. PRIETO
PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa.
Dibujos y presupuestos gratis.
Av. del Molinón, n.º 2 - Teléfono 3115
GIJÓN

PALACIOS **LIBRERIA**
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados
Santa Rosa, núm. 4 **GIJÓN**

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874
La más antigua de la provincia
Moros, 40 **GIJÓN** Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y
exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

JOYERIA - PLATERIA - RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 **GIJÓN** Teléfono 3392

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 **GIJÓN** Moros, 56



Depositando sus economías en la

CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pues a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INTEGRAMENTE sus utilidades esta Institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO

Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO
(edificio de su propiedad)

PRÉSTAMOS A INTERÉS MODICO